

gará más presto el fuego del amor divino; porque como no haya en el alma cosa que llame su atención exteriormente, permanece sola con su Dios, y tiene grande aptitud para encenderse y arder en el amor divino. Bien entendía yo, dice una persona espiritual y religiosa, antes que cayese en la cuenta del recogimiento, que tenía alma; mas lo que me recia esta alma y quién estaba en ella, no lo comprendía; porque para verlo yo misma me tapaba los ojos con las vanidades de la vida presente. Y á mi parecer, si, como ahora entiendo que en este pequeñito reino de mi alma cabe tan gran Rey, lo entendiera entonces, no le dejara tantas veces solo; alguna me estuviera con él y procuraría también que no encontrara tan sucia la habitación. Mas ¿qué cosa de tanta admiración, que se encierre en una casa tan pequeña el que llenaría mil mundos, si los hubiera, con su grandeza. Lo que yo aquí encuentro de mayor consideración es, que se estrecha Dios y como que se encoge en el alma para no espantarla y atemorizarla á los principios con su majestad, hasta que poco á poco ella con su presencia se va ensanchando y extendiendo. Es como el alma racional en el cuerpo humano, que siendo la misma en el recién nacido que en el de mayor edad, en el uno parece que está

encogida y que no es poderosa para obrar, mientras que en el otro está como dilatada y dueña de todos sus miembros y potencias.

§ XI  
Y la razón de esta diferencia es, porque el alma obra según la disposición de los órganos del cuerpo; y como en los niños están inhábiles, y son pequeños, y no enjutos ni dispuestos para obrar estos órganos, se encuentra allí como encogida y como si no estuviese de otra manera, que no parece alma racional, sino de otro animal cualquiera, que sólo sirve para crecer y vivir. Yo digo, que los principiantes en la virtud y en el recogimiento son como niños para Dios, que, como alma suya, mora y está en las de ellos, encogidos y fajados los brazos y como envuelto en pañales y mantillas; empero, como el alma va creciendo y se va entregando toda al Esposo divino, desocupada ya de las cosas de la tierra y de sí misma; El también se extiende y crece, y toma en ella el gobierno, y es el alma del alma, y espíritu del espíritu, y vida de la vida, y viene á verificarse lo que dice San Pablo: Que vivía más Cristo en él que él en sí mismo. Dios no fuérza nuestra voluntad, mas toma lo que le damos; sólo que no se da á sí todo, ni

obra como Señor de la posada, hasta que nos damos por completo á El, y entramos en su pleno dominio y señorío. Y ciertamente que no sé yo cómo ha de estar Dios en un alma llena de estorbos y de baratijas, de pensamientos, de cuidados, amores y deseos terrenos, ni cómo ha de haber allí con su corte celestial; harto hace en permanecer algo tranquilo entre tantos enredos. Desocupa, hijo, tu corazón, como ya te he dicho muchas veces, si quieres que venga Dios á él con todas sus riquezas, y mira que dice El mismo: Que si El es en el alma la cosa principalmente amada, todas tres divinas Personas vendrán á ella y tendrán allí su morada.

DISCÍPULO. ¿Este recogimiento es cosa sobrenatural, ó posible á cualquiera que quisiese entregarse á él?

MAESTRO. Muy bien podemos, ayudados de la gracia de Dios, recogerlos de la manera que has oído, porque esta es obra por mitad, donde se encuentra la mano de Dios y la nuestra. Sin el divino favor ya se sabe que no podemos tener ni un santo pensamiento; mientras que con él todo nos es posible: digo que es necesario ayudarse el hombre y hacer de su parte lo que pudiere, con seguridad de que no faltará Dios á su obra. San Pablo á los hebreos dice: Seguid la paz con todos y la san-

tividad, sin la cual ninguno verá á Dios, considerando atentamente que nadie falte á la gracia. La paz del recogimiento y la santidad de este ejercicio hemoslas de seguir en cuanto hiciéremos, según nuestra posibilidad; que si miramos en ello, no es cosa imposible; porque la gracia del Espíritu Santo nunca nos falta, si nosotros no faltamos á ella. Si alguno madrugare, dice el Sabio, no será menester molestarse mucho en buscar la sabiduría, porque ella madruga más y está sentada á nuestras puertas, esperando á que siquiera la demos el deseo del corazón. Lo que yo por ahora te pido es, que cuando oras vocal ó mentalmente, tengas atención á mirar con quien hablas; porque hablar con Dios y pensar en vanidades é impertinencias es tenerle vueltas las espaldas. Y cierto que nuestro daño todo nos viene de pensar que está lejos de nosotros Aquel con quien hablamos; y ¡cuán lejos, si no entendemos que está más cerca de cada uno que El de sí mismo! El Señor lo enseñe por su misericordia á los que no lo saben. Decía aquella persona religiosa que nunca supo qué era rezar con satisfacción hasta que el Señor la enseñó este modo; y que siempre había hallado tantos provechos de esta costumbre de recogerse dentro de sí y de pensar que hablaba con quien la oía y presta-

ba atención á sus palabras; cuánto no se puede decir. En nuestra mano está adquirirlo, con la ayuda de la gracia; que nunca faltan (como ya dije); sino que es menester ejercicio y habituarse á ello, para que, poco á poco, se vaya el hombre enseñoreando de sí mismo, no perdiendo en balde el tiempo, sino ganándole á sí para sí, que es aprovecharse de sus

sentidos para el interior. **§ XII.**

Si fueres tentado por hablar, una y muchas veces te ruego que te acuerdes de que hay con quien hables dentro de tí mismo; y que es su conversación sin amargura ni tedio. Y si de oír, que oigas á quien más de cerca te habla; que es Dios; y si te fuere posible, nunca te apartes de tan buena compañía. Y si por algún tiempo hubieres dejado á tu Señor Dios solo, duelete mucho de ello y repréndete tu descuido. Si entrarés dentro de tí á Dios muchas veces en el día, siempre saldrás con ganancia y en breve alcanzarás recogimiento. Y cuando Dios te haya hecho esta merced, no la trocarás por todos los tesoros y riquezas del mundo. Muchos en un año y otros en medio, y algunos en ménos tiempo, han salido con esta empresa. El Señor nós la conceda á

todos por quien. Él es. Amén. De un recogimiento sobrenatural de que algunos santos han hablado, no quiero decir palabra; aunque muchas cosas que le pertenecen quedan ya dichas en diversas partes; hablé de él con resolución quien supiere más que yo; y goce el alma que le mereciere; que si no vale para él la industria humana, por ser todo de la divina gracia, mal se podrán dar leyes aquí; y documentos que aprovechen; lo que sé decir sobre el particular es, que quien hasta ahora te ha enseñado es el precursor para el que digo; y ejercitándote bien y como conviene en este, saldrás con aquel que tanto deseas, especialmente si oyes la voz del Esposo celestial, que á todas horas nos está llamando y convidando á mayor perfección.

DISCÍPULO. Parece que te vas despidiendo ya.

MAESTRO. Ya es tiempo, especialmente habiendo dicho tantas y tan sustanciales cosas de esta materia en el Diálogo primero; que si solo se leyere como es razón, bastaría para salir un hombre consumado en este ejercicio de recogimiento y vida interior.

DISCÍPULO. Pues á felicitarme ofrecen algunas dudas, de que deseo salir antes que nos separe la noche.

MAESTRO. Dí lo que quisieres.

DISCÍPULO. Deseo saber: lo primero, si es necesario no pensar nada en el recogimiento; lo segundo, cómo se ha de acallar el entendimiento; lo tercero, si es lo mismo andar un alma recogida, que andar en la presencia de Dios, porque esto segundo lo encargan mucho los santos; Ludovico Blosio, Rusbrochio, San Buenaventura y otros ponen en ello el caudal de la vida espiritual.

MAESTRO. A lo último quiero responder antes, y digo, que no hallo diferencia alguna entre el recogimiento que te he enseñado y andar el alma atenta á Dios, oyendo su divina habla y secreta inspiración, y si alguna diferencia se halla es en los nombres, pero no en la sustancia del ejercicio. Y para que veas que es todo uno y lo que importa este trato interior, diré algunas razones de las que nuestro Rusbrochio dice en el capítulo vii *De abstractione*: «¡Oh anima santa, dice, despierta y está de buena voluntad y persevera sola, porque para solo Aquél te guardes sola, al cual entre todas las criaturas y sobre todas solo escogiste; huye los afectos y aficiones fingidas de los hombres y sus amistades; huye las compañías sin provecho y toda multiplicidad perniciosa; olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y codiciará el rey tu hermosura. Y no sea esta huída de solo el cuerpo,

sino con el corazón, con la devoción, con la intención, con la habitación del hombre interior y con todo tu espíritu; porque como Dios sea espíritu, no se contenta con menos que soledad de alma y espíritu».

### § XIII.

Algunas veces es de provecho la soledad corporal, que por eso huyó Cristo á ella, cuando libre y desocupado, quiso orar; que aun la compañía de los buenos suele ser impedimento para el recogimiento del alma, especialmente á los principiantes é imperfectos. Aquél está solo, que ninguna cosa del mundo piensa en el corazón, ni livianamente se ensoberbece con las honras, ni se acongoja y desmaya con las adversidades y deshonras; mas el que con las alteraciones y vaivenes de la vida se inquieta y desasosiega, no está solo, aunque esté en soledad. El que de verdad ama á Dios, no tiene necesidad de buscar á Dios fuera de sí, porque dentro de sí le hallará siempre que le buscare; porque fuera del común modo de estar en todas las criaturas por esencia, presencia y potencia, le tiene en sí como en su cielo; que cielo es y gloria del Esposo el alma del varón justo. Pues si tienes verdaderamente á solo Dios, y á solo El mi-

ras y amas, y á tí y á todas las cosas por El, nadie en el mundo te podrá servir de impedimento, ni la multiplicación de los lugares, ni el concurso de los hombres; porque todo se te convertirá en una cosa divina. Que es lo que San Pablo dijo de los que aman á Dios: «que todas las cosas les ayudan ó se les convierten en bien». Y San Agustín añade: «hasta los pecados»; porque de los ajenos se conduelen y de los propios sacan humildad y conocimiento propio. Y no basta pensar en Dios en este ejercicio; porque luego que ese pensamiento se acabare, se hallará solo y apartado de Dios; sino que es necesario tener á Dios (si así se puede decir) esenciado, fijo y entrado en el corazón; quiero decir, hecho alma del alma y esencia de nuestra esencia. El que de esta manera vive, siempre halla en sí mismo una simple, amorosa y continua propensión, inclinación ó respeto á Dios, la cual ninguna criatura le puede impedir, porque excedió las acciones de todas las criaturas y todas las cosas prósperas y adversas, y al fin toda mutabilidad. Por lo cual sucede, que el ojo sencillo, desnudo y atento á la divina contemplación, ningún impedimento ni estorbo recibe, ni de las imágenes y fantasías de las cosas, ni de alguna distinción ó distraimiento, porque está hecho superior á lo uno y á

lo otro, atento sólo á Dios. Y así como este ojo intelectual, que llamamos simple inteligencia, considera á Dios debajo de razón de bondad, de sabiduría y misericordia infinita, así la vista y aspecto de nuestra alma le contempla y mira sin algunas imágenes ni distinciones.

§ XIV.

De esta continua presencia de Dios dijo el Profeta: *Providebam Dominum in conspectu meo semper*. Proveía yo al Señor siempre en mi presencia; como si dijera: De tal manera ordenaba las cosas de mi reino, que aunque tantas y de tanto cuidado y obligación, no me robasen la atención é intención á Dios, el cual anda siempre en mi alma. Gran providencia de rey, gran sencillez de alma, grande recogimiento en tanta multitud de cuidados, y grande unidad en tanta multiplicidad! Y dirá después el religioso distraído, que no puede recogerse, ni andar de ordinario en la presencia de Dios, mientras que nunca le pierde de vista un rey de Israel con todo el gobierno de su reino, y tan perseguido de su enemigo Saúl y de otros.

Discípulo. Verdaderamente que es confusión lo que David hacía para los que esta-

mos tan obligados á no pensar ni tratar más que de solo Dios. Pero, dime: cómo se puede permanecer atentos á Dios, si hay obligación de acudir á otras cosas fuera de Él?

MAESTRO. A la manera que quien padece gran sed, por grandes ocupaciones que tenga, en medio de ellas y de varios pensamientos y cuidados, no se le aparta de la mente aquella imagen y representación de la bebida; antes bien, crece más el deseo y apetito de beber cuanto más ocupado anda: así David, como su sed era de Dios, al cual sólo amaba y deseaba como únicamente querido y amado, jamas se apartaba de su memoria la imagen del Señor; en todas las cosas le traía delante de sí, y siempre pensaba en Él. Por mí lo veo, que si me aficiono á alguna criatura, tanto más ocupado ando con su memoria, cuanto es mayor la afición; y si es más que la que tengo á las demas, ella sola persevera conmigo, sin que las ocupaciones y negocios me puedan robar el corazón para otro objeto. Mira que el amor de Marco Antonio para Cleopatra, reina de Egipto, que estando sobre el mar, en una sangrienta batalla contra Octaviano César, que había de decidir del Imperio, viendo el dicho Marco Antonio que los suyos iban de vencida, y sabiendo que su amiga huía en una galera, con dirección á

Alejandría, abandonó el sitio del combate, y sin hacer caso del ejército que tenía en tierra, fué en seguimiento de Cleopatra; porque, como dice Plutarco, de tal manera se había transformado en esta mujer, que manejaba la espada en la batalla, pero tenía el corazón en aquella; y al fin, cuando oyó decir que por temor de César se había muerto, hallándose retirada en un templo, aquel tan valeroso capitán se mató á puñaladas, diciendo que no era posible vivir ni quería vida sin su Cleopatra. Y con heridas mortales mandó que le llevasen á donde ésta se hallaba, y murió en su regazo. ¿No ves lo que puede el amor, pues ni las batallas, ni las heridas, ni la muerte quitan la memoria de lo que con verdad se ama?

DISCÍPULO. No se puede añadir más á lo dicho, ni declarar mejor esa doctrina.

MAESTRO. El mismo Rey santo, comparando sus deseos de ver á Dios y gozarle, á los del ciervo herido y acosado de los cazadores, que busca alguna fuente, dice que le fueron sus lágrimas pan de día y de noche, diciéndole todos: «¿A dónde está tu Dios?» que, á mi ver, lo que quiso significar con esto fué, que en la ausencia de Dios ningún consuelo le queda al alma; antes bien, lo que parece que podría mitigarle la sed que tiene de Él, eso se la aumenta y hace crecer más. Por lo

cual no dice que le sirvieran de agua sus lágrimas, porque no se entienda que por ser bebida se le quitó la sed; sino de pan, que donde no la hay la suele poner, y donde la hay acrecentarla.

§ XV. Aquel en quien está arraigado el amor de Dios (dice San Agustín) siempre anda pensando cuándo aportará á su Dios, cuándo dejará este mundo, y cuándo se verá libre de la corrupción de la carne. Y para gozar de verdadera paz, siempre tiene su corazón suspenso y elevado á Dios, del cual nunca le aparta, ni asentado ni levantado, ni ocupado, ni sin ocupación. A todos exhorta al amor de Dios; á todos encomienda el amor de Dios; y de la manera que puede, por obras y palabras, manifiesta cuán malo y amargo es el amor del mundo, y cuán bueno y suave el amor de su Dios. Escarnece y burla de la gloria de este siglo, y arguye su sollicitud, y declara á todos cuánta locura y necedad sea poner la confianza y afición en cosas que van tan de paso; y maravillase de la ceguedad de los hombres, que éstas aman, y mucho más de que no huyen de ellas con la consideración de las eternas. A todos piensa que les es de buen gusto

lo que al suyo es tan sabroso; que á todos agrada lo que él ama, y que es manifiesto á todos lo que él conoce. Frecuentemente contempla en Dios, y en esta contemplación suavemente recreado, y tanto más felizmente, cuanto con mayor frecuencia. La entera y verdadera paz del corazón es tenerle siempre fijo y firme en el amor de Dios por un continuo y nunca interrumpido deseo, de manera que ninguna otra cosa apetezca; porque en aquello que posee y tiene, con una feliz dulzura se deleita, y deleitándose suavemente recreado. Y si con algún pensamiento vano, ó por ocupaciones forzosas, fuere algún tanto apartado de Dios, con grande diligencia procura volverse á Él, teniendo por molesto destierro estar ó detenerse en otra parte fuera de Él. Porque como no hay momento en la vida en el cual el hombre no goce de la piedad divina, así no debe haber alguno en que no le tenga presente en su memoria. Por lo cual, no se debe tener por pequeño crimen estar uno en la oración hablando con Dios y súbitamente hurtarse de su presencia, como si ni tuviese ojos ni oídos para oír y ver lo que pasa. Esto hace el hombre cuando sigue sus pensamientos malos é importunos, y prefiere ó antepone al mismo Dios alguna vil criatura, á la cual fácilmente se divierte el ojo in-

terior, revolviéndola más frecuentemente en su pensamiento que á su Señor Dios, á quien debe continuamente contemplar como á Criador, adorar como á Redentor, esperar como á Salvador y temer como á Juez. San Bernardo, en un sermón, *De Sanctis*, dice que la memoria le servía de ojos, y que el pensar en los Santos era estarlos mirando. De donde colijo yo, que si el pensar es ver, como este Santo dice, y la memoria el ojo con que se ve lo que se ama, que el que tiene siempre fijo el pensamiento en Dios está siempre viendo á Dios, que es prerrogativa de los ángeles de nuestra guarda, que haciendo este oficio, siempre ven la cara de Dios, que está en los cielos. De manera que la memoria continúa de Dios te hace, siendo hombre, angel en la tierra. Un sabio dijo, que la memoria es el pulso del amor, porque tanto más veloz, agudo y continuo anda el pensamiento revolviendo lo que ama, cuanto es más crecido su amor. Y así es dello verdad, que á poco amor hay poca memoria, y á mucho, mucha, y á ninguno, ninguna. Y con esto no digo más, cuanto á lo postrero que me preguntaste.

DISCÍPULO. Ni yo esperaba tanto, ni tan bueno, ni tan necesario.

quando con reverencia grande estamos hablando con alguna persona grave, sin pensar

en el pensamiento más frecuentemente en su pensamiento que á su Señor Dios. **XVI.** **MAESTRO.** A lo primero digo, que es disparate el grande decir que el recogimiento consiste en no pensar nada; porque si eso fuera su perfección, fueran perfectísimos los que duermen y no sueñan, y los pasmados, y los niños, á quien falta, por la edad tierna, el discurso. Verdad es que á los principiantes en este ejercicio se les aconseja que aprieten el pensamiento y que se presenten á Dios libres de imaginaciones, para que Su Majestad les hable al corazón, como á gentes que se conviene á Él de las vanas distracciones y representaciones de las criaturas. Y este desterrar de pensamientos que distraen es perfección, y necesario para el recogimiento. Del no pensar de los varones perfectos no digo nada, porque queda ya dicho mucho. Acontéceles á éstos tener tan quieta y sosegada la memoria, y tan acallado el entendimiento, que estando con Dios gozando de su gracia, no piensan en lo que están ni en otra cosa alguna, sino que están como abortos y embebidos en aquello que sienten en su alma; lo cual puede venir de la mucha atención, como cuando con reverencia grande estamos hablando con alguna persona grave, sin pensar



con quién hablamos. Y esto es lo que pide nuestra letra: *Uniformes introversiones, por olvido de todas las cosas, á los abrazos y unión del Esposo*. Este olvido de todas las cosas es condición necesaria para que el alma se abraze con Dios y se una á El. Concluyo con San Gregorio: que como nuestra alma no puede permanecer mucho tiempo sin deleitarse en alguna cosa, en cerrándole las puertas de los sentidos, por donde se descende hasta la tierra, necesariamente se ha de elevar sobre sí en busca de los verdaderos deleites, que sólo se hallan en Dios. Y favorecida de la fe como los reyes magos de la estrella, dejará atrás todas las criaturas y se unirá espiritualísimamente con su Criador. Cierra, dice Ricardo, los caños á la fuente de tu alma, cuyo amor no puede dejar de manar siempre, que entonces ella ascenderá casi necesitada. Y aunque no suba, si se calma en sí misma y se reposa, como en agua clara verá en sí la imagen de Dios, que mejor en ella que en otra cosa resplandece, cesando, como queda dicho, el tumulto y alboroto de los pensamientos que la enturbian. En lo que toca á tu segunda duda, que es cómo se ha de acallar el entendimiento, tengo tanto dicho en la primera parte de *Los Triunfos*, capítulos XIV, XV, XVI, XVII y XVIII, que sería perder tiempo decir aquí más.

DISCÍPULO. ¿Ni una palabra?

MAESTRO. Digo que todo el toque de la Teología mística está, en que el entendimiento calle y la voluntad goce. Lo cual no es más que juntarse el alma con Dios, sin otro medio que el amor. Porque el entendimiento, mientras vivimos en carne mortal, no puede unirse á Dios sin el medio de las criaturas, por las cuales tiene su conocimiento; pero la voluntad sin ellas ama, y se abraza con sólo Dios, dejando aparte lo que no es El. Y verdaderamente, todo calla en el alma cuando para sólo Dios ella tiene el oído atento. Estas cosas son las que tenía que tratar contigo en puridad, y las que te conviene guardar con todas tus fuerzas, como sustanciales y simplemente necesarias á la vida espiritual que deseas vivir.

#### § XVIII.

Lo que ahora te quiero pedir, aunque sea de rodillas, es, que no sigas el ejemplo de los descuidados, indevotos y desperdiciadores del tiempo; que con un olvido grande de la obligación que tienen de procurar ser perfectos, hace incierta y dudosa su salvación y faltan á lo prometido, muchas veces con escándalo de su prójimo, á quien (como nuestro Padre

San Francisco dijo) debemos en todo tiempo y lugar dar ejemplo de santidad y virtud.

DISCÍPULO. Cierta, padre de mi alma, que siento en ésta el ver que me despides; porque esta conversación ordinaria y frecuente de Dios me ha reformado y vuelto en mí, que andaba algo distraído y olvidado de mi profesión.

MAESTRO. Yo creo que en esto poco que te tengo enseñado se encuentra lo mucho que los Doctores todos y los Santos han escrito; porque para escribirlo yo he leído los más y mejores que he podido hallar. Y aunque se ofrecerán dificultades y dudas, continuando estos ejercicios, el Espíritu Santo, que es el maestro de los humildes, y conversa familiarmente con los sencillos, te enseñará lo que debes hacer; y el maestro espiritual, comunicado con sinceridad de ánimo y deseo de acertar, te sacará de peligros. Revuelve mis consejos muchas veces en tu memoria, y haz oración al Señor por mí; que si Él se dignare favorecer mis deseos, pasada la Cuaresma, que me obliga á trabajar en provecho del pueblo con doctrinas más comunes, volveré á llamarte, y tendremos otras conferencias semejantes á éstas, sobre lo que más á propósito fuere para nuestro provecho interior. Y con esto no más, de que protesto todo lo di-

cho, que mi intención ha sido y es sana y mis deseos de acertar; y si ahora ó en algún tiempo se hallare alguna palabra en estos escritos, ó en otros míos, desacordada ó mal sonante, que no erró en ella mi voluntad. Por lo cual, todas; sin quedar una; con todas las sentencias y periodos, ápices ó tildes, las sujeto; y á mí con ellas, á los piés de la santa Iglesia de Roma, y á su santísima corrección y enmienda, como hijo verdaderamente obediente á ella hasta la muerte. Bien sé que no han de faltar censores que, pensando acaso que aciertan, quieran reprender algunas cosas de las que aquí tienen dificultad. Pero como Dios acepte mi servicio y tú te aproveches de mi trabajo, yo sufriré de buena gana sus reprimendas; y suplico á Nuestro Señor les haga la merced de meterlos en la bodega de su vino, para que, ordenando en ellos la caridad, la tengan consigo mismos y sepan estimar la con que yo he deseado servirte. Adios, hijo Deseoso.

FIN.